

LA PERSONALIDAD

He ahí un vocablo moderno que representa una cosa muy antigua; una idea aérea que corresponde a realidades vivientes.

Tratar de la personalidad es tropezar con una cosa que todos llevamos auestas.

Mucho nos halaga la posesión de cualidades naturales o adquiridas, tales como el talento, el valor, la ciencia; sin embargo, no nos envanecemos, no nos acordamos siquiera de nuestro atributo fundamental: la personalidad.

Mirad esas gentes que pasan y se cruzan en una calle pública. ¿Qué indica esa inquietud? Que no van solos. ¿Qué llevan entre manos? Su personalidad.

Si el hombre careciese de esta condición, yacería inerte o andaría desatentado.

Vieja es la definición aquella: "el hombre es un animal *racional*"; yo diría *personal*.

En efecto, ¿no es evidente que el bruto no piensa?

Pero sí es evidente que el bruto procede siempre hacia afuera; al paso que el hombre puede concentrarse; es decir, el bruto se ve obligado a buscar fuera de sí una compañía que el hombre, cuando quiere, halla en sí mismo.

Este acompañarse, este complementarse uno a sí mismo, es lo que constituye la personalidad. Entre el hombre el bruto la diferencia específica es, pues, la personalidad.

El bruto es uno; el hombre es uno y múltiplo.

Esto no es una paradoja, sino un misterio.

El bruto fija fuera de sí el término de sus relaciones. El hombre, fijándolo en sí propio, dice: "Yo *me* amo"; "Yo *me* conozco". Así formula su multiplicidad, supuesto que por una parte ama, conoce; por otra, es amado, conocido; su unidad; supuesto que por todas es uno mismo.

El hombre, por su personalidad, es semejante a Dios:

uno y múltiplo. La personalidad es al unidad en la multiplicidad.

He aquí confirmada la palabra sagrada: " Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza".

Y, cosa notable, Dios para hacer al hombre dijo: "*Ha_gamos* al hombre". Y el hombre, como si quisiese confirmar la verdad de esa palabra, imita instintivamente a su Creador, cuando para ejercer alguna de sus facultades se presenta a sí mismo con los atributos de la pluralidad diciendo, no *haga yo*, sino: *hagamos*.

Este modo de ser heredado, constituye una necesidad de nuestra existencia, una ley de nuestra vida. Sentímonos a veces, y esclavos de la concurrencia de nuestras personas, parece como que tratamos de salir de nosotros mismos.

Aquel placer que experimentamos cuando nos perdemos incógnitos entre la muchedumbre, nace del deseo de extravíar nuestra personalidad.

Distraerse uno conversando con un amigo, o leyendo un libro, o durmiendo, es interrumpir agradablemente el diálogo fatal de sus personas; es desentenderse de su personalidad.

Finalmente, el que resuelve levantarse la tapa de los sesos, trata de disolver el grupo importuno que constituye su personalidad.

El iris, Bogota IV, núm. 22, 28 de diciembre de 1867, págs. 349-350.